



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 198 – 16 de diciembre de 2016

En este número

1. *ABC* desempolva papeles, *Emilio Álvarez Frías*
2. La memoria histórica de *ABC*, *Manuel Parra Celaya*
3. Ceferino Maestú Barrio, *José M^a García de Tuñón Aza*
4. Cuando la Falange intentó asesinar al «gran traidor» Francisco Franco, *Manuel P. Villatoro*
5. ¿Por qué el cine español está lleno de basura?, *Hispano*
6. La guerra semántica, *Alberto Buela*

ABC desempolva papeles

Emilio Álvarez Frías

Es francamente sospechoso que al diario *ABC* le hayan entrado ganas de desempolvar los 40 años de oscuridad que fue la era franquista. Porque, en vez de recordar, de vez en cuando, como agradecimiento, que la publicación seguía editándose gracias a que la victoria de Franco devolvió a sus propietarios todo los bienes que habían sido embargados y utilizados a discreción, sumió en el más absoluto silencio absolutamente todos los hechos ocurridos durante ese periodo de la vida y la historia española. Ni siquiera en el recordatorio diario de qué pasó ese día en años anteriores aparecía un solo acontecimiento importante de entonces.

Ahora, por razones desconocidas, sale al paso con una serie de artículos sobre Franco, José Antonio Primo de Rivera y algunas cosas más. Siendo quizá mal intencionados, se nos ocurre pensar que algo tiene entre manos para, como decíamos antes, desempolvar hechos sin que vengan a cuento, o pasados de fecha.

Por ejemplo, traer a cuento, bajo el título «Cuando la Falange intentó asesinar al “gran traidor” Francisco Franco» (artículo que reproducimos en estas páginas), parece como una salida de tono; citar al entonces Jefe del Estado como «el de Ferrol» nos parece una felonía hacia la persona que liberó a España del comunismo marxista y que, por sí, sin duda fue bastante más y mejor persona que el autor del artículo, Manuel P. Villatoro; una felonía similar a la que cometeríamos nosotros denominando a don Juan de Borbón como «el del yate Saltillo, Giralda o Giraldilla», ya que fueron tres barcos los que utilizó durante su vida; contar los sucesos habidos durante la Guerra Civil entre Franco y la Falange no hay por qué ocultarlo, pero probablemente había que recurrir a mejores fuentes y reflejar más ampliamente lo que dicen las citadas en vez de limitarse a unas frases sacadas de contexto;



hablar de si Franco estuvo interesado o no en salvar a José Antonio es tema manido que saca a relucir todo aquél que quiere poner en sus «investigaciones» algo de morbo; y que lo que se publica en *ABC* es obra de encontrar nuevos papeles no deja de ser una boutade pues todas las menciones que figuran en el artículo que traemos al comentario están sacadas de libros publicados y por lo tanto sumamente conocidas.

Diarios como *ABC*, de tan profunda tradición, debería darse un baño de honestidad y traer a sus páginas toda la memoria histórica que hay en sus archivos (si no los han quemado), en vez de encargar a investigadores de fortuna escribir sobre hechos históricos. Y, repetimos, escribiendo y publicando con honestidad lo que se deduzca de esa historia, sin poner baba que ensucie sus páginas. ¿Por qué estos periodistas nacidos en la Facultad de Ciencias de la Información, como «el tal Villatoro», que se autotitulan historiadores, no investigan en fuentes originales en lugar de ir copiando de lo que otros han escrito?



Yo, aunque he vivido lo que ha pasado en España desde el 36, no me atrevo a opinar abiertamente sobre muchos hechos pues sé que detrás hay bastante niebla en diferentes fases de espesor, que impide conocer los porqué y cómo sucedieron las cosas. Por ello me limito a contar y opinar como persona de la calle, la que me encanta vivir acompañado de mis botijos. Por cierto, que hoy me limito a traer a colación a un

añejo maquinista de ferrocarril que no iniciaba viaje sin la compañía de su botijo, afición que enseñaba a su niña que iba a pie de máquina despedirle también con su botijito.

La memoria histórica de *ABC*

Manuel Parra Celaya

Aquí cada uno es dueño de activar cuando quiera su propia *memoria histórica*, faltaría más: creo que esta prerrogativa podría incluirse en eso que llaman *derechos humanos de segunda generación* o algo así, siempre y cuando estuviéramos incluidos como seres humanos con derechos quienes discrepamos, educada y legítimamente, de un Sistema y de un Régimen vigentes. Venga esto a cuento porque el diario *ABC*, en su edición de 11-XII-16, dedica nada menos que su portada y cinco páginas interiores a sus particulares evocaciones del pasado; bueno...

Lo significativo es que lo hace utilizando una particular saña –vulgo, *mala leche*– hacia lo que llama *la Falange*, culpable al parecer de «*tratar de influir en la educación de don Juan Carlos*», allá por 1948, cuando el acuerdo entre su padre y Franco (a quien el rotativo madrileño no le afea ni por asomo el calificativo de *dictador* con el mismo fervor con que antes lo glosaba como *caudillo*) lo trajo a España como previsible sucesor.

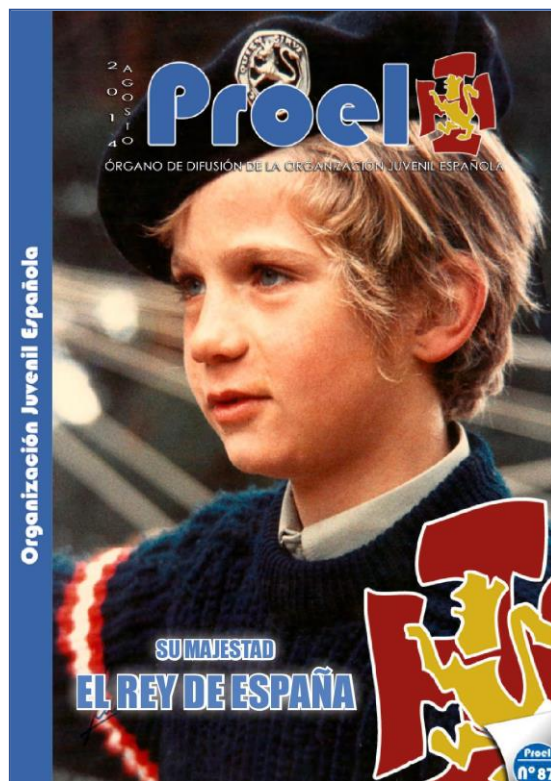
Entonemos los falangistas un mea culpa histórico y colectivo: al final de los años 40 y durante la década siguientes, algunos creían honestamente que el Régimen de entonces iba, a pesar de las dificultades, a llevar a la práctica aquella *revolución pendiente* que tenía España y que había preconizado José Antonio; digo *algunos*, porque otros ya se habían dado cuenta de que los tiros (es un decir) iban por otra parte y, poco tiempo después, actuarían en consecuencia, integrando las filas de esos *falangistas incómodos* que tan magistralmente reflejaba Fernando García de Cortázar, precisamente en las páginas de cultura del mismo *ABC*, hace una semana. No es extraño, pues, que, en 1948, Pilar Primo de Rivera escribiera una carta Franco sugiriéndole que el futuro príncipe conociera de primera mano qué era el falangismo, antes de que los dinásticos le contaran historias para no dormir al respecto; tampoco es extraño que estos se echaran las manos a la cabeza por la sugerencia y advirtieran del *lío gordo* en las filas de FET –luego *Movimiento*, a secas– al constatar la deriva política del franquismo.

Con la perspectiva histórica que nos proporciona el hoy, podemos estudiar serenamente que el propósito de entronizar la monarquía nunca se apartó de la mente y del corazón del entonces Jefe del Estado; no hace falta más que acudir al preámbulo del Decreto de Unificación del 37, donde se dice textualmente «...no cerramos el horizonte a la posibilidad de instaurar en la nación el régimen secular que forjó su unidad y su grandeza histórica»; luego vendrían la Ley de Sucesión y otras cosas. Se puede concluir con la aguda frase con que cierra Enrique de Aguinaga su *Prontuario del franquismo* y que imagina lo que dirán los manuales de historia sobre Franco dentro de cincuenta años: «General que, tras una guerra civil de tres años y una gobernación de treinta y seis, restauró la monarquía en la dinastía borbónica y en la persona de don Juan Carlos de Borbón y Borbón». Este sería un motivo para que los dinásticos de ABC –y no los falangistas– guardaran eterno agradecimiento a don Francisco y no le apearan el título de *caudillo*.

Es evidente que los falangistas no compartieran la simpatía de ABC con una forma de gobierno que José Antonio en su época había calificado de *gloriosamente fenecida*. Esta escasa veleidad monárquica se puso de manifiesto en infinidad de veces y, anecdóticamente, en la visita que giró el entonces Príncipe al Campamento de Covaleta en los años 50 (cuya crónica recogió fielmente J. L. Alcocer en su *Radiografía de un fraude*); menos traumática fue la segunda visita al mismo emplazamiento en los años 70, pero entonces ya habían cambiado muchas cosas...

A todo esto, la *memoria histórica* de ABC no perdona, como vemos, y quizás aún le escuecen las trifulcas entre quienes llevaban la insignia de *JIII* en la solapa y los entonces jóvenes falangistas, deseosos de poseer tan ansiados trofeos... En fin, todo eso quedó para la historia, que no tiene marcha atrás, y hoy la Jefatura del Estado reside en un rey, Felipe VI –cuya dinastía volvió a entronizar Franco, no lo olvidemos– y que, por cierto, asistió de chaval a ciertos campamentos y lució la boina con el *Vale Quien Sirve* de la Organización Juvenil Española. Cosas veredes.

A los falangistas del siglo XXI nos preocupan infinitamente más otras cosas que consideramos urgentes y perentorias; a modo de ejemplo, el paro de casi un 20% y el riesgo constante de una fractura en la integridad nacional, social y aun entre familias de España y de los españoles. Nuestra *memoria histórica* –que también la tenemos, faltaría más– queda en un segundo plano.



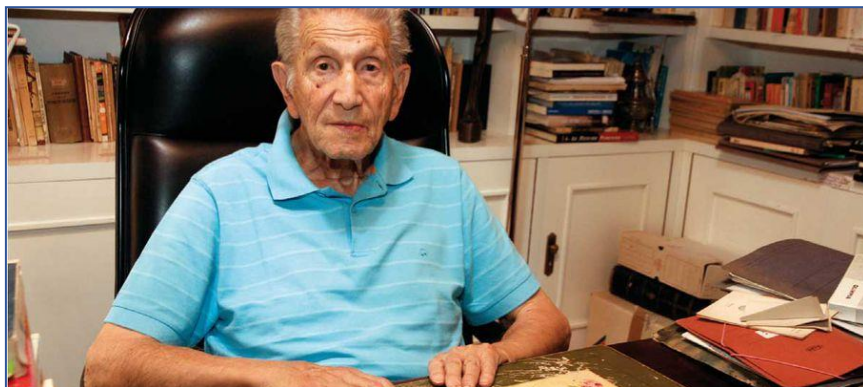
Ceferino Maestú Barrio

José M^a García de Tuñón Aza

No tuve la suerte de conocer personalmente a este hombre que fue jefe de la Centuria *Íñigo de Loyola*, de la que era capellán el P. Llanos, S.J. Ceferino respiraba falangismo por los cuatro costados. Pero sí mantuve con él, a lo largo de varios años, correspondencia epistolar. A veces hablábamos por teléfono aunque su sordera no nos dejaba tener una conversación fácil. Su padre Ceferino Maestú Novoa fue asesinado por los nacionales el 27 de julio de 1936 y cuenta su hijo que cuando el verdugo asesino fue a darle el tiro de gracia, oyó que estaba rezando el Ave María

Ceferino Maestú Barrio, siempre tuvo miedo a que algún día Falange desapareciera. Escribía a muchos conocidos, siempre pensando en la unión de todos los falangistas. Un día me decía que se había dirigido a varios que él consideraba de alguna manera, personas de prestigio dentro de Falange para alcanzar esa unión. Me citaba sus nombres, que no voy a repetir, y con enorme pena y tristeza me decía: «sólo dos me han contestado». Pero él seguía empeñado que era urgente encontrar una fórmula que pusiera de acuerdo a todos.

Publicó varios trabajos y recuerdo que uno de los que más me llamó la atención fue aquél que siguiendo lo que en 1940 había escrito Manuel Aznar, en 1963 Ceferino, escribió aquel artículo *La Falange y los Sindicatos Obreros*, donde, después de comparar los comunicados de José



Antonio de los días 24 y 29 de junio de 1936, dice: «La Falange no podía mezclarse a un movimiento derechista y reaccionario con otras fuerzas, con otras fuerzas derechistas y reaccionarias». Y añadía también: «Lo que cinco días antes era totalmente inaceptable, pasaba a ser considerado como algo que todos debían

aceptar con entusiasmo. ¿Es posible concebir un cambio tan radical?». Después fueron otros historiadores y biógrafos los que asimismo dudaron de la autenticidad del manifiesto del 29 de junio.

Es autor también de *Así se financian los Sindicatos en España*; *José Antonio, no ha muerto está ahí*; *La Falange que quiso ser de los rojos-rojos y de las JONS*, donde publica, como anexo, mi trabajo *Marciano Pedro Durruti Domingo*; *Condena, muerte y «resurrección» de José Antonio Primo de Rivera*; *La Falange traicionó a José Antonio*, donde vuelve a citar otro artículo mío: «Mi amigo Tuñón Aza en su estupendo trabajo *La izquierda y José Antonio*»; *José Antonio no quiso la Rebelión Militar*, etc.

Ceferino fue uno de los fundadores de CC.OO. «Fuimos Marcelino Camacho y yo. No sé si yo más que Marcelino o Marcelino más que yo», solía decir Maestú. Por esta razón fue un día detenido y llevado a la cárcel de Carabanchel y allí estuvo unos días hasta la vista del proceso. Porque había sido procesado por el Tribunal de Orden Público, acusado de asociación ilegal y de manifestación violenta. En aquellas jornadas carcelarias su preocupación mayor era no saber la manera de poder comunicar con su familia y cómo explicarles lo ocurrido. Les autorizaban a escribir una carta, pero debía entregarla abierta para que pudiera leerla el censor. Sólo le permitían decir que estaba bien y nada más.

Había nacido en Vigo en 1920. Tuvo una vida activa y fue uno de las personas destacadas de la que él llamaba «generación perdida», los nacidos entre 1920 y 1935. Ahora ha muerto este hombre que luchó hasta el final por la unión de todos los falangistas. Todavía hace muy pocos años, había escrito: «Yo tengo 93 años y poco más puedo hacer que pensar y ayudar». Falleció tres años después que su esposa Josefina Unturbe, que había sido regidora de Juventudes de la Sección Femenina y secretaria del Castillo de la Mota. «Josefina era universitaria y rubia. Puede que no hubiera otra en Madrid», dejó escrito Ceferino, quien también me decía en una carta: «Estoy seguro que estará con Dios, porque hizo mucho bien». Y ahora yo sí estoy seguro que ambos se han vuelto a encontrar en el Cielo, y además, él, habrá encontrado las respuestas de tantas preguntas que solía hacerme y que la mayoría de las veces nunca supe contestar. Descanse en paz.

Cuando la Falange intentó asesinar al «gran traidor» Francisco Franco

Manuel P. Villatoro

(ABC - Guardado en: Los papeles de Franco)

Ni cordial, ni de sumisión. Aunque en ocasiones se quiere transmitir que las historias de la Falange Española (FE) y de José Antonio Primo de Rivera están ligadas a Francisco Franco por una relación de fidelidad, la realidad es totalmente diferente. Y es que –además de que a ambos personajes siempre les separó una relación personal sumamente negativa– se cree que el de Ferrol tuvo la oportunidad de salvar del fusilamiento por los republicanos al líder político. Sin embargo se negó al considerar que, si lo hacía, sería uno de sus rivales por el poder. Esto –unido a un decreto mediante el cual el dictador restó poder al partido tras comenzar la Guerra Civil– provocó que un grupo de falangistas planeara asesinarle en 1941.

Una relación truncada

Mucho se ha hablado sobre la verdadera relación entre Franco y Primo de Rivera. La realidad, con todo, fue más cruda que la ficción, pues decir que ambos se soportaban ya es aventurarse mucho. Esta pareja política comenzó su andadura allá por 1932, cuando ambos hicieron las veces de testigos en la boda de Ramón Serrano Súñer. En palabras de José María Zavala (autor de *Franco con franqueza* y *La pasión de José Antonio*), posteriormente se perdieron la pista.

Al menos hasta el 24 de septiembre de 1934, cuando José Antonio envió al futuro dictador una misiva avisándole de una inminente revolución en Asturias. «Todas estas sombrías posibilidades [...] me han llevado a romper el silencio hacia usted», afirmaba el ya líder de la organización Falange Española. El escrito no tuvo respuesta, por lo que podemos suponer que no se debieron caer demasiado bien.

En febrero, Primo de Rivera volvió a la carga y logró concertar una reunión con el mismísimo Franco. Para entonces, ya era un líder consumado de tan solo 32 años que se había hecho un hueco en la política en base a su buena oratoria y a su lenguaje gestual. Por su parte, el de Ferrol era un general que todavía se mostraba dubitativo en lo que se refiere a actuar contra la República por las bravas.

Eso fue lo que terminó desesperando a José Antonio quien –durante el encuentro– perdió el poco respeto que sentía hacia el futuro jefe del Estado al considerarle evasivo y cauteloso. El mismo Serrano Súñer dijo lo siguiente sobre el encuentro: «José Antonio quedó muy decepcionado y, apenas cerrada la puerta del piso tras la salida de Franco, se deshizo en sarcasmos». Ese fue, probablemente, el momento en que el joven Primo de Rivera perdió el poco respeto que todavía profesaba a Franco. Este no tardó demasiado en percatarse de este odio y devolvérselo con la misma moneda.



Así sucedió en 1936, mientras José Antonio pasaba sus días dirigiendo la Falange desde la Prisión Provincial de Alicante después de haber sido encarcelado por posesión ilícita de armas. Allí, a Primo de Rivera le propusieron unir su nombre junto al de Franco en una candidatura conjunta por Cuenca. ¿El objetivo? Lograr que la derecha diera un golpe de efecto en la región y pudiese alcanzar el poder de manos de estos dos grandes personajes.

En ese momento, Primo de Rivera dejó claro que su aversión por Franco no era precisamente pequeña al negarse a concurrir con él a los comicios si su nombre aparecía a su lado. Así, José Antonio «encomendó a Serrano Súñer que gestionase en el círculo próximo al general su propia exclusión de la candidatura alegando sin más que no deseaba presentarse junto con el entonces comandante general de Canarias», en palabras de Zavala. El resultado fue que, finalmente, se manifestó su odio. Y Franco respondió con la misma moneda. De hecho, jamás le perdonaría aquella afrenta contra su persona. La tensión quedó posteriormente manifiesta cuando, en más de una ocasión, se refirió a él despectivamente como «ese muchacho» hacia el que sentía cierto «desquite».

Así habló el mismo Serrano Súñer (cuñado de Franco) de la relación entre ambos: «Respecto al mismo José Antonio no será gran sorpresa, para los bien informados, decir que Franco no le tenía simpatía. Había en ello reciprocidad, pues tampoco José Antonio sentía estimación por Franco y más de una vez me había yo –como amigo de ambos– sentido mortificado por la naturaleza de sus críticas. Allí, en Salamanca, me tocaba sufrir la contrapartida. A Franco el culto a José Antonio, la aureola de su inteligencia y de su valor, le mortificaban».

Sin ayuda de Franco

Aunque en principio Primo de Rivera había sido encarcelado por tenencia ilícita de armas, su situación cambió radicalmente el 17 de julio de 1936, cuando se inició el levantamiento militar. A partir de entonces, la figura de José Antonio quedó en el punto de mira y se le acusó de conspirar contra el gobierno desde prisión. El 3 de octubre fue juzgado y, al poco, condenado a la pena capital (en palabras de Zavala, debido a que era un incordio tanto para la república, como para Franco). Este no demostró nunca demasiado interés en liberarle. Y todo ello, a pesar de que tuvo varias oportunidades.



Una de ellas es narrada en *Franco con franqueza*. Al parecer, los aliados estaban dispuestos a colaborar con Franco, en el momento en el que él dispusiera, para llevar a cabo un desembarco y rescatar por la fuerza a Primo de Rivera. Concretamente, los que lo propusieron fueron los miembros de la Royal Navy. «Basta con que haya luz verde del lado nacional. Nos personamos en Alicante con nuestros marineros, sacamos a José Antonio, y no pasa nada». El propio conde de Barcelona tanteó a los aliados para lograr su apoyo: «Yo busqué la manera de que me lo ofrecieran, pero querían luz verde, y no conseguimos que nos la dieran», diría después.

Así pues, Franco se negó siempre (o lanzó evasivas) a la posibilidad de rescatar a Primo de Rivera. La decisión la tomó en base a que, si «ese muchacho» hubiese sobrevivido, hubiese habido «dos gallos» en el corral español una vez acabada la contienda. De esta forma, el de Ferrol se garantizaba el apoyo

de los 15.000 militantes de Falange (un número de personas que, aunque pequeño, podría haberle causado problemas), se quitaba de en medio a un gran orador y a un conductor de masas, y unificaba un poco más la derecha. Aunque, como explica Zavala en sus obras, eso nada tiene que ver con que lo matara. Aunque, para muchos, si pudo considerarse una «traición».

Con todo, esta tensa situación entre ambos no impidió que Franco dijera de él unas bellas palabras durante su entierro en el Escorial el 28 de noviembre de 1939: «José Antonio, símbolo y ejemplo de nuestra juventud: en los momentos en que te unes a la tierra que tanto amaste, cuando en el horizonte de España alborea el bello resurgir que tú soñabas, repetiré tus palabras ante el primer caído: Que Dios te dé el eterno descanso y a nosotros nos lo niegue hasta que hayamos sabido ganar para España la cosecha que siembre tu muerte. ¡José Antonio Primo de Rivera! ¡Presente!».

Franco no se fía

A pesar de la muerte de José Antonio Primo de Rivera, Franco nunca terminó de fiarse de Falange. Así quedó claro cuando ordenó que la organización fuese seguida de cerca y espiada por la red de información APIS. El mismo grupo que se encargaba de pasar al dictador informes constantes de las principales logias masónicas presentes en España.

De hecho, siempre solía fanfarronear afirmando que estaba «bien informado de todo cuanto se trama en las logias» y tener «información directa de las logias masónicas». El grueso de estos informes llegó a Franco desde los años cuarenta hasta los sesenta. Al menos, así lo explica el historiador Javier Domínguez Arribas en su obra *El enemigo judeo-masónico en la propaganda franquista, 1936-1945*.

En la misma, el experto también señala que este grupo de espías estaba formado principalmente por mujeres y que, entre otras cosas, seguía de cerca a los falangistas. «Las acusaciones más graves contra la Falange se encontraban en los documentos que la red APIS atribuía a la “secta”. En ellos, ciertas actitudes políticas habituales entre los falangistas aparecían como el resultado de consignas masónicas», destaca Arribas. Algunas de ellas, presuntamente, tan graves como hacer que «los masones se sumen a todas las manifestaciones que puedan surgir y que las saturen de “vivas y aclamaciones” al Führer y a Alemania».

El sector falangista estuvo investigado durante años, al igual que sucedía con todo aquel (con cierta importancia política, eso sí) que se declaraba partidario del rey don Juan. De hecho, APIS solía pasar también informes de organizaciones «juanistas», como se hacían llamar. Zavala recoge estas ideas y señala, a su vez, que una de las personas más investigadas por Franco y el grupo APIS fue Pilar Primo de Rivera (la hermana de José Antonio). En los informes se podía leer lo siguiente de ella: «Volviendo a Pilar. Otra de las cosas que la ha enfurecido es que, según dice, ayer desfilaron ante el Caudilo las Milicias Universitarias, al grito de “Viva España”, y la palabra “viva” ella no la traga».



El decreto de Unificación

Por si abandonar a José Antonio Primo de Rivera a su suerte y espiar a su organización no fuera suficiente, en 1937 (todavía en plena Guerra Civil) Francisco Franco tuvo otra feliz idea que acabó de romper sus relaciones con algunos de sus miembros.

Y es que, el 20 de abril decretó que –por su santo naso– las principales organizaciones políticas que combatían a la República junto a él (falangistas y carlistas) quedarían unidas en un único partido llamado Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FE y de las JONS). Su objetivo no era otro que acabar con las luchas internas que había en estas corrientes y, a su vez, centralizar el poder bajo su persona.

Sin embargo, esta unificación no tardó en darle dolores de cabeza. Desde Falange, por ejemplo, se alzaron voces discordantes al considerar que la unión de ambos partidos acabaría con la esencia original del partido. Uno de los mayores contrarios a ella fue Manuel Hedilla –sucesor en la práctica de José Antonio Primo de Rivera–. Al menos de forma oficial ya que, hoy, son muchos los historiadores (algunos como el hispanista Herbert Rutledge Southworth) que defienden que este líder estaba a favor del decreto franquista, aunque con algunas reservas.

Independientemente de las interpretaciones posteriores, lo cierto es que la dirección de Falange y el propio Hedilla terminaron sintiéndose ultrajados por Franco cuando este les dejó a una lado

en la toma de decisiones. Así pues, en lugar de apostar por la prudencia, los líderes del partido desafiaron al Caudillo por las bravas.

«La inmediata reacción de la dirección de FE [...] fue enviar un telegrama el 22 a los jefes provinciales de FE en el que, si bien se mostraba acatamiento a Franco, en realidad se contravenía la orden de éste. Se reafirmaba el conducto jerárquico de FE para transmitir las órdenes del propio Generalísimo. El telegrama en cuestión se mandó como firmado por Hedilla, aunque parece ser que en el original entregado a Telégrafos su firma no existía», explica Joan Maria Thomas en su obra *El gran golpe. El caso Hedilla, o como Franco se quedó con Falange*.

El telegrama (unido a las críticas vertidas por Hedilla contra la unificación y su negativa a aceptar un cargo menor ofrecido por el de Ferrol), fueron las excusas perfectas para Franco. Este –tras la traición a Primo de Rivera– ordenó detener al líder de Falange y procesarle junto a 600 de sus seguidores. Así, su plan de quedarse con el partido se materializó. Como señala el hispanista Paul Preston en su amplia obra *Franco. Caudillo de España*, Hedilla terminó siendo condenado a muerte acusado de rebelión militar, aunque posteriormente se le conmutó la pena por la cadena perpetua. Paralelamente, nació una falange clandestina (la Falange Autónoma) destinada a luchar contra el futuro jefe del Estado.

Objetivo: asesinar a Franco

Dos miembros de aquella falange clandestina, el mismo grupo que se consideraba no «contaminado» por las ideas de un dictador que había «traicionado» los principios por los que se habían levantado en la Guerra Civil, fueron los que se reunieron a finales de marzo de 1941 para idear un plan con el que asesinar a Franco.



Según explica el escritor y periodista Antoni Batista en su libro *Matar a Franco: Los atentados contra el dictador*, los puntales de aquella misión los pusieron Emilio Rodríguez Tarduchy (carnet número 4 de la Falange Autónoma) y Patricio González de Canales. Estos se reunieron en la ermita de San Antonio de la Florida (ubicada en Madrid) con el objetivo de buscar la forma más efectiva de acabar con la vida del de Ferrol.

Tras conversar, decidieron que lo idóneo sería asesinarle en la celebración del Día de la Victoria. Esto era, el 1 de abril. «El plan, ideado por González de Canales,

desestimó hacerlo en la calle, tomada por la guardia mora entrenada para disparar antes de preguntar y con la atroz valentía interior despistaría a los escoltas, mientras un hombre dispararía a Franco de cerca, con un revólver del 9 corto, inspiración Lincoln», determina Batista en su obra. Sencillo pero eficaz. Además, Franco estaría en plena calle y rodeado de personalidades que verían con sus propios ojos su marcha al otro barrio. Era un golpe de efecto ideal.

Con la idea en mente, los miembros de esta falange clandestina organizaron una reunión en la casa de uno de ellos (ubicada en la calle Alberto Aguilera número 40). Allí, votaron... ¿Matar o no matar a Franco de un disparo? «Votaron no matarlo por cuatro votos y una abstención. Por miedo a la invasión nazi y la liquidación material de Falange Auténtica», añade el autor. Sin saberlo, el de Ferrol ganó así su última batalla contra Primo de Rivera y su idea de lo que debía ser la Falange Española.

¿Por qué el cine español está lleno de basura?

Hispano

(Navarraresiste.com)

Las semanas pasadas han estado marcadas por la polémica en torno a dos películas españolas. Por un lado el director Fernando Trueba estrenó a finales del mes pasado su película «La Reina de España» como secuela a «La niña de tus ojos». Esta sería una película más que habría pasado sin pena ni gloria de no ser porque desde antes de su estreno se había movido desde las RR.SS. y el whatsapp una campaña de boicot que había contado con la adhesión de algún personaje público como Fran Rivera.

Fue el año pasado cuando Fernando Trueba recibió en San Sebastián el Premio Nacional de Cinematografía 2015 y en su discurso, hizo declaraciones como «Qué pena que España ganara la Guerra de Independencia. Me hubiera gustado que ganara Francia» o «Ni cinco minutos de mi vida me he sentido español». Hace falta tener la cara más dura que el uranio empobrecido para despreciar de esa manera al resto de sus compatriotas, más aún en ese lugar y en ese momento; cuando este personaje por el contrario no ha tenido reparo en aceptar de España cuatro millones de euros en subvenciones públicas para realizar casi todas sus películas y documentales.

Dichas declaraciones no caerían en saco roto y volvieron a salir a la luz con motivo de su nuevo



estreno, ¿cómo le vamos a dar nuestro dinero a un imbécil que nos insulta a la cara de esa manera? Dicho y hecho, «La Reina de España» no llegó a los 400.000 euros en su primera semana en las salas de cine, con apenas 200.000 euros en la segunda. Teniendo en cuenta que la película había costado inicialmente 11 millones de euros nos encontramos ante un batacazo de los que hacen época. De poco le han servido a Trueba las nuevas entrevistas en las que intentaba retractarse y aseguraba que «Quien ataca al

cine español ataca a su país», claro está cuando ha visto que el fiasco de su película le va a reportar pérdidas millonarias.

Por las mismas fechas también se estrenó «1898 Los últimos de Filipinas» dirigida por Salvador Calvo aunque en esta ocasión se trata más de cine del productor Enrique Cerezo. Yo era otro más de los que esperaba esta película con entusiasmo debido a que consideraba una gran idea llevar a la gran pantalla una Gesta de unos héroes olvidados que de haber sido estadounidenses ya habrían contado con al menos una superproducción que les honrase en su memoria.

También tenía mis reservas, puesto que no sería la primera vez que el cine español utiliza un hecho histórico para desvirtuarlo y ofrecer una versión acorde a la ideología progre hegemónica en el panorama cinematográfico del «estaoespañol», como a ellos les gusta decir. No iba mal encaminado e hice bien en tomarme mi tiempo, puesto que las malas críticas no tardaron en llegar, ya que como era de esperar el director no dejó pasar la ocasión para meter la mano y enmiendar una historia maravillosa.

Incluso hoy en día se estudia el asedio de Baler en los manuales de la Academia Militar de West Point, como una historia de supervivencia y resistencia hasta la última bala. Sin embargo Salvador Calvo pinta a los soldados como unos pobres chicos desorientados y enviados a la otra punta del mundo a morir por algo que no va con ellos, aquel que es patriota es un psicópata y su teniente un sádico obcecado con no rendir la plaza. Todo esto aderezado, como no, con un

sacerdote drogadicto enganchado al opio, licencia que se toman y que no tiene ninguna base histórica.

En definitiva la adaptación de una historia de unos soldados que mayoritariamente cumplieron con honor su deber hasta las últimas consecuencias y en la que cualquier derrotista habría salido por patas en los 337 días que duró el cerco, cosa que no encaja con la ideología progre del siglo XXI y por ello rescatan esta historia olvidada por el común del público para ensuciarla. Yo



no tengo nada en contra de que el director lleve a cabo una película con la historia que le venga en gana, pero si la va a llenar de basura antihistórica que al menos tenga la decencia de no llamarla «1898: Los últimos de Filipinas» con la finalidad de aprovecharse de los españoles que acudiríamos a verla ávidos de recordar este tipo de pasajes de nuestra historia.

Los héroes de Baler eran perfectamente conscientes de lo que hacían y así lo atestiguan las misivas que se escribieron entre ellos a

posteriori. Los cobardes y los antiespañoles son otros y ya de este siglo XXI.

Por último, retomo la cuestión que le da título a esta entrada: ¿Por qué el cine español está lleno de basura? Algunos dirán que las películas no son atractivas, que nos han saturado con películas de la Guerra Civil donde los buenos siempre son los mismos (como si los republicanos no hubiesen cometido asesinatos en masa) o historias «muy humanas» de yonkis y prostitutas; cine de ese por el que nadie con dos dedos de frente está dispuesto a pagar un duro. Explicar cómo el marxismo cultural ha pasado a ser la ideología dominante en el mundo de la farándula es algo que requiere un artículo aparte que publicaré en los próximos días.

No quiero decir que todo el cine español es basura –la última que me ha gustado es la de 22 ángeles–, pero se puede decir que en este caso son las subvenciones las que han matado a la industria del cine en España: mientras que en otros países como Estados Unidos las producciones cinematográficas disfrutan a nivel Federal como mucho de exenciones recaudatorias, en España se le ofrece a las producciones cada año más de 50 millones de euros en subvenciones que sólo tendrán que devolver en caso de que las películas resulten rentables. Así, no es de extrañar que los mermaos de turno sean capaces de filmar cualquier bodrio infumable, ya que ellos se lo van a llevar calentito igualmente porque son los ciudadanos españoles los que van a pagar estas películas, las quieran ver o no.

La guerra semántica

Alberto Buela

Filósofo

Es sabido que el uso y manejo de los términos y las palabras encierra la forma de expresar un pensamiento o un sentimiento, que, al final, determina una forma de ser y vivir. Es por ello que afirma el adagio: *quien no vive como piensa termina pensando como vive*. Esta identidad entre ser y pensar que exige la sana ética es la que viene a transformar hoy la guerra semántica.

Si los medios masivos de comunicación, y los periodistas a su servicio, se han transformado en los nuevos filósofos de la sociedad de consumo, en los que hacen el discurso de la sociedad en su conjunto, nos imponen los términos y las designaciones nosotros, el pueblo llano, estamos soportando una agresión semántica. Así cuando nos hablan de *pent house* en lugar de ático; de *Estado Islámico* en lugar de Daesh, como los buenos árabes lo designan; de *libertad de vientres* en lugar de aborto; de *hombre de color* en lugar de negro; de *no vidente* en lugar de ciego; de

abusador en lugar de violador; de *hombre y mujer* en lugar de varón y mujer; de *email* en lugar de correo electrónico; de *parking* en lugar de estacionamiento y de miles y miles de términos trastocados y malversados, podemos afirmar que estamos padeciendo una guerra semántica.

El gran poeta Leopoldo Marchal afirmó: «*no olvides que cuando se elige un nombre, se elige un destino*». Y esto se aplica no solo a los nombres de personas sino para la designación de las cosas y las situaciones, sean políticas o personales.



Hoy desapareció como por arte de magia el término *revolución* en los discursos políticos; la palabra *gente* reemplazó a la de pueblo y *género* reemplazó a mujer. Las palabras generadoras en el uso y comprensión de texto han sido reducidas de 80 a 15 por sugerencia de un educador famoso como Paulo Freire con lo cual estamos produciendo semi analfabetos.

Aristóteles define al hombre por la palabra: «*el animal que ejerce la palabra*». Pues por ella nosotros sabemos quiénes somos y qué son las

cosas. La palabra nos revela a nosotros mismos (el psicoanálisis, la confesión) y nos revela el mundo exterior, la naturaleza de las cosas que conocemos a través de la definición. Pues definir es delimitar algo en lo que es.

La palabra abre un mundo y, al mismo tiempo, limita ese mundo cuando lo hace comprensible. Esta es la riqueza que nos viene a robar la guerra semántica que padecemos.

Esta guerra semántica tiene un antecedente ilustre que fue Federico Nietzsche cuando afirmó que: «*no existen hechos, sino interpretaciones*». Porque negó la existencia de alguna verdad o conocimiento permanente o indubitable ya que todo depende de aquel que interpreta.

Al negarle a la palabra la capacidad de designar caemos en un relativismo nihilista en donde todo se mide, como dice el refrán, *de acuerdo al cristal con que se mire*.

Es por eso que un filósofo como Hans Gadamer le respondió: «*la hermenéutica es no creer en ninguna traducción sino en interpretar la palabra viva*». Así en la recuperación del uso genuino de las palabras y de los términos estará la tarea de todos aquellos que no quieran ser reducidos de hombres a homúnculos en esta guerra semántica.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.